

AÑO VI. 23 NOVIEMBRE 1876. NÚM. 73.

EL ATENEO LORQUINO tiene el deber de conmemorar hoy á los héroes, que esforzados y valientes libertaron á Lorca del yugo agareno el 23 de Noviembre de 1242.

Al dedicar un recuerdo á Alfonso el Sabio y á sus aguerridas tropas que hicieron lucir para nosotros en tal dia la aurora de la civilizacion, recuerda tambien á Lorca, que debe ser digna de su pasado para no renegar de sus augustos blasones y de sus esclarecidas glorias.

**La Redaccion:**

# SARUH

Ó

## EL ALZAMIENTO DE LOS MORISCOS.

### LEYENDA HISTORICA ORIGINAL.

(CONCLUSION) (1)

#### VII.

La cerrazon de una noche tempestuosa, y el haber resonado ya en la torre de la catedral la última campanada del toque de ánimas ó de oracion, motivo era para que los habitantes de Granada estuviesen ya retirados rato habia al interior de sus viviendas. Si á esto se agrega que en aquellos legendarios tiempos, durante la noche no era menos espuesto discurrir por el recinto de la más populosa ciudad, que atravesar el estrecho sendero de un bosque, se comprenderá facilmente que las calles de la hermosa Granada se encontrasen en tal hora desiertas y confundidas bajo el manto de las tinieblas.

En una casa-castillo, que recordaba por su aspecto severo y el solo cuerpo de que se componia, las antiguas moradas de los gardingos godos, notábase empero cierta animacion y movimiento desusados. A través de los adarves y ventanas veianse fulgurar acá y allá multitud de luces interiores, y en el ancho vestibulo departian confundidos y alegres numerosos escuderos, colonos y pages, vestidos de fiesta, con birretes de pluma, medias abolladas, y vistosos cintos de piel de gamo. La causa de ello saberla podrá el lector, si con sigilo nos acompaña hasta una pieza interior del antiguo castillo de Sad-Homé.

Era una salita oblonga profusamente adornada á la morisca. Contrastando con el arabesco decorado de la estancia, y al pié de un ajimez de transparentes persianas, veíase un elegante reclinatorio coronado por un crucifijo artísticamente labrado: arrodillada ante él habia una mujer joven, de fascinadora beldad. Profundamente abstraída en éxtasis piadoso, parecia no escuchar el vago rumor del sarao, que traspasando las contiguas habitaciones hasta ella llegaba; ni el doliente gemir de la ventisca que azotaba á intervalos las persianas del ajimez.

(1) Véanse los núms. 49, 52, 57, 62, 70 y 72.

La clepsidra (1) sostenida por una pequeña esfinge de piedra, señalaba la hora de quinta nocturna, cuando comenzaron á perderse en el silencio los últimos ecos de las danzas y músicas del sarao: la tormenta se anunciaba en cambio cada vez mas próxima.

Abrióse la puerta del aposento y un hombre de mediana edad, vino entonces á turbar con su presencia el místico recogimiento de la dama.

—¡Gonzalo!—profirió ésta, volviendo la cabeza con rapidez.

Habia en el tono con que fué proferida esta palabra, un mundo de amor á la vez que un acento indefinible de amargo dolor.

El caballero siguió avanzando, llegó hasta el lado de la doncella, y alzandola suavemente, la contempló algun tiempo con amante espresion.

—En vano intentas,—la dijo—ocultarme que la alegría se aleja de tu alma, en estos momentos que tanta felicidad debian ofrecerte: ¿acaso no me amas?

—¡Oh! Gonzalo, si te amo! ¡No lo ves! ¡No lo sientes! Pon aquí tu mano sobre mi corazón y lo escucharás latir estremecido; tanta es la dicha que experimento....! Pero ahora que mi vida más te pertenece, ahora que más unidos estamos á los mismos deberes, á las mismas esperanzas, á la misma fortuna, turba mi felicidad con mas insistencia un triste recuerdo que nunca me abandonará. Mi padre, aquel anciano tan lleno de nobleza, aquel caudillo que fuera famoso por sus corceles de batalla, por sus esclavos numerosos, por sus espléndidos tesoros, habrá muerto tal vez abrumado por los rigores del hambre y la miseria, separado de una hija ingrata, entre gentes extrañas, en medio de los campos, .... y sin embargo, —prosiguió sollozando,—no puedo reprimir cierta alegría culpable, no tengo valor para sobrepujar al destino que me arrastra á tu lado.....

Saruh lloraba dominada por una sensacion vivísima: tenia la frente cubierta de rubor, los ojos bajos, y el corazón conmovido.

—Aleja esa inquietud,—replicó D. Gonzalo, cogiendola entre sus brazos y reteniendola con dulzura:—tu padre vive, y si hasta ahora han sido infructuosas las pesquisas que en su busca se han practicado, en adelante redoblabamos nuestros esfuerzos y le encontraremos: te lo juro por la fe de caballero que profeso. por el cielo que nos cobija, más aun, te lo juro por la llama inextinguible de mi amor.....

En aquel instante un ruido extraño, confuso, desapacible, que parecia venir de la parte exterior del edificio, llegó distintamente hasta el aposento de los amantes.

(1) Especie de reloj de agua.

—¿Oyes?—esclamó la doncella con visible alarma acercándose mas á D. Gonzalo.

Aquel rumor siempre creciendo comenzaba à atronar de un modo espantoso la plaza de Sad-Homé y sus inmediaciones. El sonido de añafles y atabales unido à la gritería de una multitud furiosa, indujeron à D. Gonzalo à separarse de su esposa, abandonando la habitacion para inquirir la causa de tan impensado desafuero.

Saruh, viéndose sola y presa de una zozobr invencible, corrió à refugiarse en el reclinatorio, donde dirigió al crucifijo una mirada de agonizante angustia: su corazon latia con desusada inquietud.

Iba à caer la media noche: el fragor de la tormenta que comenzaba à desencadenarse, se unió en pavoroso concierto con aquel estruendo infernal que parecia levantarse de los àmbitos de la ciudad. Así trascurrieron algunos instantes, durante los cuales la sobresaltada doncella oraba con fervor.

De repente, las persianas del ajimez cayeron con estrépito, y el vivo resplandor de un intenso relámpago, iluminó una forma humana que se precipitó desde la ventana hasta el pavimento, como un fantasma abortado por la tempestad.

La ronca voz del aquilon, se confundió con un grito horroso, penetrante, fatídico, que salió del pecho de la morisca al reconocer en aquella figura à su padre el anciano hagib, que rígido y amenazador, la contemplaba con terrible fiera.

—¡Padre!!—prorrumpió con acento desesperante, estendiendo los brazos hàcia el aparecido.

—¡Miserable!—la replicó el anciano con voz cavernosa:—tu padre no existe; yo soy el instrumento de la justicia de Alah, que ha decretado tu muerte y la del infame nazareno, para saciar la saña que en mi existencia se acumula.

—Por el cielo, pordon....

—Calla,—la interrumpió el hagib asiendola bruscamente por un brazo:—¿Oyes esos gritos que en torno nuestro se levantan amenazadores? Son de aquel pueblo à quien vendiste alevosamente, y que en el fervor de su impaciencia, acaba de lanzarse à la pelea para lavar la injuria que le hiciste. Si en la lucha tu cómplice no sucumbe, aqui le aguardará la afilada punta de mi puñal, para enviarle de un solo golpe con Dathan y Abiron. No esperes verle mas.

El rumor producido por inmediatas pisadas, indicó que alguien se aproximaba al aposento. Sarah quiso gritar, pero el feroz Hixén le impuso silencio con un ademán terrible y empujandola fuertemente hacia un ángulo de la estancia, corrió à situarse al lado de la puerta: en su mano medio oculta entre los pliegues del albornoz, veíase relucir de un modo siniestro la acerada hoja de un soberbio puñal de Damasco.

La luz que iluminaba la habitacion vacilò al contacto de una ráfaga de viento que por el ajimez penetró, y se apagó dejando la estancia en oscuridad completa: los pasos eran cada vez mas cercanos.

De pronto, un gemido de agonía precedido de un golpe seco, se escuchó en la puerta, y segundos despues una masa inerte se desplomaba sobre el pavimento.

—¡Maldicion! ¡Qué habeis hecho, padre mio!—esclamó Saruh con indecible angustia, revolviendose entre la oscuridad.

—Vén—la respondió el hagib con voz trémula de rabia, procurando encontrarla;—vén, que aun no está satisfecha la venganza de Alah y pide tambien tu sangre.....

La habitacion se iluminó de repente y numerosos escuderos y hombres de armas, con antorchas en las manos, se precipitaron en ella.

Saruh lanzó un grito de júbilo y corrió á precipitarse en los brazos de D. Gonzalo de Mendieta, que, dominado por la más viva ansiedad, era el que acudía seguido de sus espaderos castellanos.

Hixén dirigió entonces la vista hacia un bulto informe estendido en el suelo del aposento, y sus pupilas se dilataron horriblemente: con el cabello erizado retrocedió poco á poco hasta la pared, mirando sin cesar aquel objeto que tanto le imponia. Era el cuerpo de Aben-Said, que rígido y ensangrentado, yacia sin vida sobre el pavimento.

Los soldados de D. Gonzalo quisieron lanzarse sobre el padre de la morisca, pero esta se interpuso ante ellos exclamando:

—Antes que caigan vuestras manos sobre ese anciano, habrán de pasar vuestros piés por encima de mi cadáver No, Gonzalo,—prosiguió dirigiéndose á su esposo que la miraba sorprendido:—el Altísimo no permitirá que al crimen perpetrado por ese desgraciado, se una otro mas abominable; el de parricidio. Ese anciano que miras es mi padre.

Sucedieron algunos momentos de solemne silencio.

—Venid,—dijo al fin la morisca, enternecida ante el mudo dolor del hagib:—aun queda un bálsamo que calma el remordimiento y limpia la conciencia.—Y asiendole de la mano, continuó señalando al crucifijo del oratorio;—ese que por su amor á los hombres agonizó en un madero, os guarda, padre mio, el lenitivo que debe calmaros.

Hixén cayó de rodillas ante el Divino Mártir, y hondos sollozos brotaron de su pecho. Saruh á su lado oró tambien arrodillada.



## RIMAS SUELTAS.

### CON MOTIVO DEL ANIVERSARIO DE LA CONQUISTA DE LORCA.

A MI DISTINGUIDO AMIGO DON ANTONIO GAYON.

#### I.

Yo he cantado á la luz del nuevo día,  
A la aurora naciente y sonrosada;  
A la nube que cruza el firmamento,  
Al mar sereno y á la azul montaña.

Llena mi mente de ilusion y vida  
Y el corazon de hermosas esperanzas,  
He cantado á la fé de un juramento,  
Al eco embriagador de una palabra.

He cantado al suspiro de una hermosa,  
Al fuego abrasador de una mirada;  
Al amor, al poder, á las riquezas:  
A cuanto el mundo en su carrera abarca.

Pero jamás la inspiracion del cielo  
Me dió más fuego, ni brilló más alta,  
Que cuando ronca mi modesta lira,  
Cantó las glorias de mi noble patria.

#### II.

¿Veis si el avaro en su ansiedad constante  
El oro guarda, que con fé atesora,  
Y afanoso lo oculta de la gente  
Y de noche y de día lo custodia?

¿Veis la pantera, cuando ruge inquieta,  
Quizás soñando que traidor le roba  
El cazador sus cachorrillos tiernos,  
Y embiste ciega hasta á su misma sombra?

—  
¿Veis el afán, con que el celoso, espía  
Los movimientos de su fiel esposa,  
Sediento de venganza á cada instante,  
Sin quietud ni sosiego á todas horas?

—  
Pues esto y mucho más es ténue y pálido,  
Si se compara á la cruel zozobra,  
Que sufre el moro audaz, cuando presiente  
Que va á perder á su querida Lorca.

III.

No es el puñal de Bruto el que se alza  
Entre las sombras de la niebla oscura,  
Ni la espada de César la que vibra  
Y en los pechos infieles se sepulta.

—  
No es la voz de Alejandro la que suena,  
Ni el atabal del vencedor de Otumba:  
No es Roma la ciudad, que por asalto  
Toma el cristiano con valor y astucia.

—  
No es el bélico acento de Pelayo  
El que dó quiera con pavor se escucha,  
Atronando rugiente las montañas  
De la gloriosa inespugnable Asturias.

—  
Son las huestes de Leon y de Castilla;  
Los hijos de la gloria y la ventura;  
Sancho Mazuelo, Don Alonso el Sabio,  
Y el capitán Murviedro los que luchan.

IV.

¡Qué horrible es recordar el panorama  
De Austerlitz en el vasto campamento;  
Entre nubes de polvo en remolinos,  
Charcos de sangre y hacinados muertos..!

¡Qué horrible es la memoria de aquel tigre,  
Que allá en los campos de Chalons rugiendo,  
Rápido como el rayo destrozaba,  
Rebramando rabioso como el trueno!

=

¡Qué horrible es el recuerdo, que á la mente  
Nos trae Wagram, Waterloo y Marengo,  
Con sus ayes de horror y de agonía  
Y sus montañas de hervoroso fuego!

—

¡Qué horribles son los cuadros bosquejados  
A la rojiza luz de los incendios..!  
Pues así es de imponente y pavorosa  
La sangrienta conquista de mi pueblo.

V.

Lo mismo que salvajes alimañas  
Al sentir al leon, huyen veloces,  
Y entre el ramage de la verde selva  
Despavoridas con temor se esconden:

—

Así los agarenos tiemblan y huyen  
Al eco de clarines y tambores,  
Ocultandose tristes en las grutas  
O en las espesas frondas de los bosques.

—

Igual que Bonaparte puso un día  
El águila imperial de sus pendones  
En donde quiera imaginó su mente,  
Cruzando valles y trepando montes:

—

Así valiente Don Alonso el Sabio  
Subió de Lorca á la morisca torre,  
Y en la almena más alta del Castillo  
La bandera clavó de los Leones.

VI.

¡Cuántas veces el hijo del Profeta,  
Tras los horrores de feroz combate,  
Sintió en su pecho el aguijon agudo  
De la angustia, el dolor y los pesares!

—

¡Cuántas veces al pié de su adorada  
Se rindió à discrecion el fiero amante,  
Y quizá la verguenza en sus megillas  
Brotò altanera de color de sangre!

¡Cuántas y cuántas veces el rey moro  
Los laureles perdió de su estandarte,  
Y en vergonzosa fuga huyò temblando,  
Como puede temblar el más cobarde!

Pues por esto y aun mas pasar quisiera,  
Y por plaza de vil, traidor é infame,  
Antes que hacer entrega á D. Alonso  
De la Ciudad del Sol y de sus llaves.

VII.

¡Glorias de Trafalgar y de Numancia  
De mil héroes esplendida corona!  
Buscad á los cristianos de aquel dia  
Y à sus tumbas llevad mundos de gloria.

¡Inmortales laureles de Sagunto,  
De Lepanto, Bailen y Zaragoza!  
La tumba de los bravos de aquel dia  
Corone el sol de vuestra inmensa gloria.

¡Recuerdos de las Navas y el Salado,  
De San Marcial, Clavijo y Covadonga!  
El triunfo de los héroes de aquel dia  
Presta rayos de luz á vuestra gloria.

Y si esto es poco aun, si esto no basta  
Para premiar al vencedor de Lorca,  
Gozen sin fin, los que tan grandes fueron,  
De la gloria de Dios, que es mejor gloria!!

J. RUIZ NORIEGA.

# VIDA Y ESCRITOS

DEL R. P. FEIJÓO.

(CONCLUSION.) (1)

En cuanto á las obras apologéticas que publicó para contestar á sus impugnadores, véase como ya dijimos, la serie cronológica que se encuentra al final de esta Biografía.

Las producciones que, según el biógrafo antes citado, escribió en verso sobre varios asuntos son las siguientes:

«*Desengaños y conversión de un pecador. Romance* que anda impreso bajo el nombre de D. Jerónimo Montenegro. = *Décimas á la conciencia en metáfora del reloj.* = *Décimas* en los funerales que el principado de Asturias hizo á Luis I. = *Enfermedad, entierro y testamento del amor por repetidas ofensas.* Romance hecho á ruego de un desengañado que se le pidió al autor bajo el asunto propuesto. = *Décimas* contra el falso milagro que se publicó en el Puerto de Sta. Maria de haberse aparecido S. Francisco de Paula sobre la Sagrada Hostia un día de la octava del Corpus del año 1747, ocasionándose el error, de la reflexión que hizo en el vidrio del viril la imagen del Santo, colocada en el retablo. = *Décimas*, instrucción política que se usa, y de que Dios nos libre y nos guarde. = *Décimas* á una Señora Ministra. = *Romance* hecho á instancias de un amante dejado por una señora que se entró en religión. = *Décimas* á las monjas de San Pelayo de Oviedo, célebre monasterio de la orden de S. Benito, por no haber dejado celebrar de pontifical, la Noche Buena, al P. Andrade, Abad del monasterio de Villanueva de Oscos. = *Romance* contra otro que ni era romance, ni latin, que sacó un poeta, que ni era poeta ni orador, contra el autor, y empezaba así:

«Señora unos pasquines que  
Al lugar traen descompuesto.»

= *Otro* en que el autor se vindica justisimamente de dos caballeros que sacaron unas coplas contra él, cuyas personas no nomi-

(1) Véanse los números 62, 69, 70 y 72.

bra por ser distinguidas. = *Liras á una despedida*, compuesta en este género de metro para demostrar que en cuanto á la poesía española cabe naturalidad y ternura. = *Romance* en el que hacia los retratos de dos hermanas del principado de Asturias, hecho por su autor, á petición de un caballero que pretendía casarse con una de ellas. = *Retrato* de la otra hermana, que es la segunda parte. = *Otro*, á una dama que se quejaba del mal natural de su galán. = *Quintillas* á una dama muy linda, á quien cierto pretendiente irritado dijo que era una peste. Quiso el autor transformar este impropio en elogio, con ocasión de reinar entonces la peste de Marsella, que fué en 1721. = *Soneto* al impugnador del *Teatro crítico*, el P. Soto Marne, ya mencionado. = *Romance*, en que se descubre el autor de un *entremés satírico*, que salió en Oviedo contra el autor. Empieza así:

«¡Quién es el autor de tanto

Soez infame libelo?

¿Quién ha de ser sino aquel

Único que pudo serlo?»

Ignoramos, por último, si algun otro escrito produjo la fecunda pluma del R. P. Feijóo, porque sus manuscritos, sus libros, instrumentos y aparatos de Física y Geografía, muebles &c. se trasladaron, por desgracia, después de su muerte á su primitivo monasterio de Samos, con arreglo á las prescripciones de la orden benedictina y según la voluntad del difunto; cuyo monasterio percibió tambien, como dice el referido Sr. Anchoriz, los productos de la venta de sus obras; y es fama que con ellas costeó su magnífico y suntuoso templo, no inferior á algunas catedrales. Pero en tiempo de la exclaustación todos aquellos objetos fueron ocultados ó robados, ó tal vez rotos ó incendiados, como sucedió con todo lo bueno que contenian nuestras bibliotecas monásticas. Lástima es que no se conserve tampoco su correspondencia con Mr. Boyer, médico del Rey de Francia, el cual se honraba mucho en escribirle, y la de otros muchos personajes, tanto de la Península como del extranjero, cuyas cartas darian mucha luz acerca de la vida de tan sabio escritor, y de la historia del desarrollo intelectual de la nación española en aquel tiempo.

Queda, pues, hecha la reseña de todas las obras publicadas é inéditas de tan eminente crítico, las cuales prueban de un modo irrecusable su mucha invención y su gran facilidad para escribir así en prosa como en verso. Réstanos ahora hablar únicamente de las varias ediciones y traducciones que de las publicadas se han hecho. Para comprender la rapidez con que éstas se imprimian y se despachaban, veamos lo que dice el referido P. Sarmiento en el prólogo del tomo primero de su obra, titulada *Demostracion crítico-apologetica del Teatro crítico*

*universal:*

«Al presente de 1732 ya está debajo de la prensa el tomo V y, queriendo Dios, no tardará mucho en salir el tomo VI; pues me consta que le está trabajando. De manera que habiéndose impreso ya cuatro veces el tomo primero, tres el segundo y tercero, dos la *Ilustracion apologética* y una el cuarto, ya son trece ediciones. Aun no alcanzan para satisfacer al público. Del tomo IV se tiraron 2250 ejemplares, y no obstante esta suma, es preciso que en la misma oficina donde se imprime de primera vez el tomo V, se reimprima al mismo tiempo el IV, y vuelva á la prensa la quinta vez el primero.»

Sempere y Guarinos, en la *Biblioteca de escritores del reinado de Carlos III*, dice que en 1786 iban ya hechas quince ediciones, las que, si se calculan por término medio en 2000 ejemplares cada una, vienen á formar 420,000 volúmenes; los que juntos con las apologias, demostraciones y otros escritos sueltos, hacen próximamente medio millon de volúmenes, en 4.º, de bastante grueso y de letra compacta. Ultimamente, estas obras merecieron el honor de ser traducidas en francés, italiano, portugués, inglés y aun se cree que en alemán, como dice su mismo autor en la carta XIV del tomo III: con lo que conquistó para sí la fama inmortal y honra imperecedera para su patria. Tanto es así, que el Abate Franconi, que tradujo al italiano sus obras, le decia en la dedicatoria de su traduccion lo siguiente:

Al célebre *Teatro crítico* del eruditísimo Feijóo que ha merecido la probacion y el aplauso no solamente de toda la España, como se prueba por las muchas impresiones que del mismo se han hecho, sinó tambien de los literatos de otras naciones y especialmente de Roma. (1)

Para terminar este trabajo creemos oportuno hacer algunas breves, pero importantes observaciones. Aunque retirado por espacio de mucho tiempo en una celda el P. Feijóo, dió un gran impulso á la medicina española, con el loable propósito de que llegase al grado de ilustracion que en el dia tiene, haciendo ver, con gran copia y solidez de razones, la necesidad de que los médicos se instruyesen en el conocimiento de los varios sistemas filosóficos antiguos y modernos; y fué tan aficionado á esta ciencia que, no solo se ocupó de ella en muchas de sus obras, sinó que tambien lo hacia con frecuencia en la conversacion familiar. Y en cuanto á la filosofía, si no llegó ni aun con mucho á ponerla al nivel de la de Francia é Inglaterra, al ménos supo dirigirla por el buen

(1) Al célebre *Teatro crítico* dell'eruditissimo Feijóo, que á meritata la aprobatione ó il plauso di tutta noe solamente la Spagna, come dalle molte impressioni di esso fatto può vedersi ma di quei litterati ancora di altre nazioni é specialmente di Roma.

camino, haciendo él solo en favor de la vida intelectual de sus compatriotas mucho más de lo que en un siglo entero habían hecho sus predecesores.

Combatió además con su doctrina los duendes, las brujas, las artes adivinatorias y otras preocupaciones ridiculas, el escolasticismo, el excepticismo y los falsos sistemas filosóficos; proclamó al mismo tiempo los fueros de la razón, despertando por este medio la afición al estudio de las ciencias exactas, físicas y naturales; é imprimió de tal modo su sello á la civilización española, que aun el mismo Código fundamental de 1812 no fué más allá de las ideas propagadas por tan ilustre ciudadano. Quizá por esto, y por haber elogiado los trabajos de Galileo, Bacon, Newton, Pascal y Leibnitz, se le acusó, por algunos de mal católico, hasta el punto de quererle comparar con Voltaire; otros y con especialidad los religiosos de la orden seráfica, le calificaron de impío por haber probado que no existía el milagro de las flores de S. Luis del Monte, de que anteriormente nos ocupamos; pero todos estos conceptos y acusaciones no tuvieron otro origen, sinó la negra envidia y el miserable fanatismo; porque ni la Santa Sede, ni el episcopado español, ni las personas inteligentes é imparciales pusieron jamás en duda su acendrada piedad, ni su ferviente catolicismo; pues comprendían perfectamente que no podía haber punto de comparación entre las doctrinas y tendencias de aquel ateo, y la constancia y buena fé de un hombre como Feijóo, que le asustaban todas las cuestiones que se rozaban con su religión, y que, al haber presumido siquiera que por sus escritos pudiera aquella haber sufrido el más pequeño detrimento, hubiera arrojado al suelo su pluma hecha mil pedazos; por el contrario, predicó siempre el amor á la virtud y el horror al vicio; aconsejó los más grandes miramientos y deferencias hácia la mujer, reclamando para ella un puesto más elevado en la sociedad y más digno que el que tenía en aquella época; encargó, finalmente, la investigación de la verdad, fuente inagotable de ilustración y de cultura: así es que la fama de su nombre vivirá en todo tiempo en el corazón de todos aquellos que estimen en algo las ciencias y las letras.

Siendo esto así ¿cómo es que un eminente escritor, á quien no citamos por el respeto y consideración que nos merece, se ha atrevido á decir que «al P. Feijóo se le debiera erigir una estatua y al pié de ella quemar sus escritos»? ¡Qué contradicción tan palmaria encierra esta sentencial! ¡Erigir á un hombre una estatua como escritor y quemar después sus escritos al pié de la misma! Solamente los que no hayan leído, ó hayan hojeado muy ligeramente las obras del sapientísimo varón que nos ocupa, pueden dar su asentimiento á semejantes palabras. Y en efecto ¿cuántos de los que en el día se envanecen con el título de literatos

han leído íntegras las obras de tan ilustre Monje? Con seguridad que muchos de ellos no han leído ni un tomo siquiera de los catorce en que se contienen todos sus escritos; pues si los leyeran verían que en muchas de las cuestiones que trata no hemos avanzado un paso, à pesar de vivir en el siglo XIX, en el que creemos haber hecho en todo grandes adelantos; y en otros puntos nos encontramos tan à oscuras que necesitamos consultarle, porque ni se ha vuelto à escribir acerca de ello desde entonces acá, ni sería fácil hallar en ningun otro escritor tantos datos reunidos. Además, el P. Feijóo tiene para nosotros el mérito inapreciable del enciclopedismo y el de haber sido el iniciador, y realizador en gran parte de la regeneracion intelectual que se advierte en el fecundo reinado de Cárlos III.

Todavía pudiéramos extendernos en otras consideraciones sobre el particular si, en lugar de su biografía, nos hubiéramos propuesto hacer el juicio crítico de sus obras. Pero hasta con lo dicho para opinar, con muchos de nuestros más eminentes literatos, que la última parte del fallo dictado por el crítico aludido es à todas luces injusta; porque si bien es cierto que en la época actual no conservan las obras del sabio Benedictino el mérito que realmente tenían en su tiempo, merced al desarrollo de la moderna crítica, y que su estilo es flojo, desaliñado y lleno de galicismos; también es verdad que hay en ellas un gran caudal de conocimientos útiles, que revelan mucha erudicion, ingenio y agudeza de parte de su autor, y otras muchísimas condiciones por las que son dignas à no dudarlo de conservarse y de figurar en las bibliotecas de todos los amantes del saber, como uno de los monumentos más admirables de nuestra literatura patria.

Por eso la sociedad presente ha hecho justicia à tan preclaro ingenio no solo erigiéndole una estatua y colocándola à la entrada de la Biblioteca nacional, sinó reimprimiendo y coleccionando también todo lo más selecto de sus obras. Por eso, en fin, la provincia de Orense, guiada por su entusiasmo y admiracion hácia su compatriota, celebró no hace mucho un certámen literario para solemnizar el segundo centenario del R. P. M. Fr. Benito Jerónimo Feijóo, y crear con el producto de las obras premiadas un monumento que perpetue la memoria de este su hijo predilecto: conducta digna de ser imitada por todos aquellos pueblos que aspiren à penetrar en el anchuroso campo del verdadero progreso.

TOMÁS PERIAGO,



## AVARICIA.

---

El dolor, la amargura, el sufrimiento,  
 Los suspiros y el llanto,  
 Se estrellan ante el duro sentimiento  
 De esa pasión venal que causa espanto.

Escarnio es de la fé, y al mundo entero  
 Le dirige un insulto,  
 Si le habla de otro Dios que del dinero,  
 Metal divino al que le rinde culto.

El avaro ... ¡infeliz...! sin alegría,  
 Sin goces en la vida,  
 Sujeto siempre está por la agonía  
 De su ambición bastarda y desmedida.

Incapaz de abrigar un pensamiento  
 Que no sea su tesoro,  
 Es su faz el reflejo amarillento  
 Que le trasmite el codiciado oro.

La caridad la mira como un mito  
 Que á comprender no alcanza:  
 Jamás oyó del infortunio el grito,  
 Ni llevó al que padece una esperanza.

Cerró su corazón endurecido  
 Impenetrable escudo;  
 Ni le dió de comer al desvalido,  
 Ni agua al sediento, ni vistió al desnudo...

.....  
 Vuelve en tí, desgraciado, y la tibieza  
 Hija de tu codicia,  
 Generoso conviértela en largueza,  
 Matando para siempre la avaricia.

J. M. PUCHE.

---

## EL CIERVO Y LOS PERROS.

---

### FÁBULA.

Huyendo de dos perros,  
Negros, alanos,  
Iba corriendo un ciervo,  
Tán asustado,  
Que en su carrera,  
No vé que otros peligros  
Tambien le asedian.

---

Salva ligero el monte,  
Rebasa el llano:  
Los perros no le cogen,  
Mas cae en un lazo,  
Dó prisionero  
Matan los cazadores  
Al pobre ciervo.

---

*No atolondrarse, niños,  
Ni así sin guía  
Huyais de los peligros,  
Que hay en la vida:  
Mirad el ciervo,  
Y elegid de dos males  
El más pequeño.*

---

B. MELLADO.

---